

CAPITULO V

MISIÓN DE LOS MOJOS DE 1705 A 1758

SUMARIO: 1. Progresos de la fe y conversión de los baures.—2. Trabajos apostólicos entre los mobimas y martirio del P. Espinosa en 1709.—3. Estado general de las misiones de 1710 a 1716. Entra el Obispo de Santa Cruz de la Sierra y administra a los neófitos el sacramento de la Confirmación.—4. Misioneros enviados de España y cuestión de los diezmos en 1718.—5. Venida de los portugueses a la misión de los mojos en 1723. Concédese a estos el usar armas de fuego.—6. Visita del señor Obispo de Santa Cruz en 1735 e informes del mismo y del gobernador de la ciudad sobre las misiones de mojos.—7. Nuevos misioneros concedidos en 1747.—8. Estado general de estas misiones a mediados del siglo XVIII según los informes del Virrey del Perú en 1750 y del Obispo de Santa Cruz en 1754.

FUENTES CONTEMPORÁNEAS: 1. Altamirano, *Historia de la misión de los mojos*.—2. *Peruana Historia*, III.—3. Documentos hallados en el Archivo de Indias.—4. Cartas originales y otros documentos de los misioneros de mojos conservados en la Biblioteca Nacional de Lima.

1. Si el lector ha pasado la vista por el tomo sexto de esta historia, recordará que a principios del siglo XVIII quedaba sólidamente establecida la misión de los mojos, es decir, aquel agregado de misiones, a las cuales se puso el nombre de la primera tribu de indios, que hallaron nuestros Padres en aquel vastísimo país que se extiende al Noreste de la actual República de Bolivia. Siendo el territorio casi tan extenso como el de toda España, déjase entender que habitaban por allí gran variedad de pueblos indígenas. Hasta veinticuatro idiomas diferentes contaron nuestros Padres en tan abigarrada población. La visita del P. Altamirano hecha a fines de 1700, había consolidado los pueblos cristianos ya establecidos, había facilitado la comunicación de aquellas tierras con el Perú y había por fin inflamado en todos los misioneros el deseo de predicar la fe de Jesucristo y de verter su sangre, si era necesario, en tan heroica empresa (1).

Ya vimos cómo cumplió estos deseos el P. Cipriano Barace,

(1) Véase lo que dijimos en el tomo VI, p. 566 y siguientes.

sacrificado por los baures en 1702. Este martirio, lejos de extinguir el ardor de los misioneros, sirvió de nuevo estímulo para promover nuevas empresas apostólicas. El P. Antonio de Orellana, que desde 1701 había sucedido al P. Marbán en el gobierno de la misión, tenía fija la idea de que la sangre del P. Barace alcanzaría de Dios la conversión de los baures. Deseando intentar esta conquista espiritual, el año 1708 encargó al P. Lorenzo Legarda, uno de sus más fervorosos súbditos, que explorase los caminos que podían conducir hasta aquellos indios desde el pueblo de San Pedro (1). Este Padre envió por delante a un indio muy diestro, acompañado de algunos otros ya versados en brujular sendas por aquellos desiertos. Volvióse el indio al cabo de muchos días sin traer ninguna noticia cierta de camino determinado, y manifestando mucha desconfianza de que se pudiera hallar ninguna comunicación segura entre los mojos y los baures. La dificultad consistía no tanto en los bosques y ríos (aunque esto ya era grave estorbo) cuanto en las tribus salvajes y feroces que se interponían entre ambos pueblos.

No atemorizado por estas noticias, el P. Lorenzo Legarda, con orden del P. Orellana, reunió unos cuantos mojos y montando todos a caballo, bien provistos de donecillos para regalar a los salvajes, salieron del pueblo de San Pedro y se encaminaron hacia la región donde vivían los baures. A los dos días de camino tropezaron con la tribu de los itonamas «gente, dice el Padre Altamirano, la más brutal que se halla en estos países con apariencia humana. Muestran costumbres y usos bestiales, sin crianza y género de policía, y sin que la total desnudez en uno y otro sexo les cause algún ápice de empacho, como si no les hubiera quedado vislumbre de lo racional» (2). Estos bárbaros sorprendidos con el aspecto de los caballos y amansados con los donecillos que les repartió el P. Legarda, no hicieron ningún acto de hostilidad. Contra lo que se había temido, le dejaron paso franco y aun le dieron muestras de alguna benevolencia. Avanzó el Padre por entre aquellos indios, y aunque tuvo el contratiempo de perderse algunas veces entre bosques desconocidos, por último llegó sin novedad con todos los mojos de su séquito a la tierra de los baures.

(1) Altamirano, *Historia de la misión de los Mojos*, c. 17.

(2) *Ibid.*, p. 99.

Recibiéronle estos con muestras de alborozo y la codicia de los donecillos, que para ellos eran alhajas preciosas, hizo que se mostrasen dispuestos a cumplir lo que mandaba el Padre. Este se contentó por entonces con escoger un sitio donde se formase un pueblo que llevase el nombre de la Purísima Concepción. Prometió a los indios volver a visitarlos llevando consigo otros Padres, y haciendo señales como pudo en aquellos bosques para de terminar el camino, se volvió hacia San Pedro. Un encuentro tuvo a la vuelta algo peligroso, y fué, que en el último pueblo de los baures varios indios indignados de que hubiera penetrado en sus tierras, salieron con arcos y flechas para matarle. Resistieron largo rato los mojos que acompañaban al misionero y duró la refriega hasta que el Padre, observando el cansancio del enemigo aconsejó a los mojos que diesen espuelas a los caballos y a galope se lanzasen sobre los baures. Esta carga decidió la batalla. Los salvajes aturcidos con el encuentro de los caballos huyeron a la desbandada y los mojos apresaron a un indio que más adelante, catequizado por los nuestros, sirvió de guía al P. Superior (1).

Llegado a San Pedro el P. Legarda, dió cuenta minuciosa al P. Orellana de todo lo que había visto. Entonces el fervoroso superior determinó ir personalmente a los baures y fundar por sí mismo aquella reducción. Acompañado de 20 mojos a caballo y llevando por guía al indio apresado por el P. Legarda, penetró por aquellos bosques y se dirigió a los baures. No faltaron perances en el camino. Los primeros pueblos no molestaron en nada a los caminantes; pero al llegar a uno de ellos hallaron a sus moradores entregados a una solemne y pública borrachera. Cuando le vieron venir tomaron sus arcos y flechas. El P. Orellana se adelantó con dos indios, mostrando en la mano varios donecillos. Aplacóse la gente con aquella vista, y mostraron al Padre cierta cortesía salvaje y grotesca, ofreciéndole la chicha con que ellos se emborrachaban. Despidióse pronto el misionero, rehusando amigablemente aquel obsequio, y, apenas había salido del pueblo, sintió a sus espaldas confusa gritería de salvajes que empezaron a seguirle disparándole flechas. Tres de ellas rozaron la ropa del P. Orellana, y fué providencia de Dios que no le hiriese ninguna. En medio del alboroto que sucedió a esta agresión, acon-

(1) Altamirano, *Historia de la misión de los Mojos*, p. 100.

teció que uno de los caballos de remuda que llevaban los mojos se soltó, y entrando impetuosamente entre los enemigos, aterró y dispersó a muchos de ellos. Como observaron esto los mojos, dieron todos de espuelas a sus caballos y se lanzaron a la carrera contra los salvajes. Huyeron éstos en desordenada fuga y no pararon hasta encerrarse dentro de su pueblo. Sucedió este encuentro el 27 de Setiembre de 1708.

Continuó su camino el P. Orellana, y atravesando otros tres pueblos en que no faltaron indicios de hostilidad, llegó, por fin, el 29 de Setiembre, a la tierra de los baures. Fué recibido por éstos con mucha benignidad. La primera diligencia que hicieron fué ofrecer agua al Padre para lavarse los pies, «advertencia —dice Altamirano— que no sabemos se haya visto en otros algunos gentiles de cuantas naciones han encontrado nuestros misioneros en Indias». Obsequiáronle con los pobres manjares de aquella tierra y le ofrecieron para el bautismo a una niña, a quien él puso por nombre María. Dos días después se adelantó al nuevo pueblo, que el P. Legarda había llamado Concepción. Aquí fueron mayores los obsequios y benevolencia de los indios. El Padre Orellana hizo levantar una cruz, y empezó a disponer a los habitantes para recibir el santo bautismo. Mostraron mucha docilidad a todo lo que enseñaba el Padre, el cual tuvo el consuelo de bautizar a 156 personas, que probablemente serían niños tiernos, aunque no lo dice el P. Altamirano. Había mandado el P. Orellana, al salir de San Pedro, que le siguiesen algunos días después otros tres misioneros. Llegaron éstos el día 10 de Octubre, fiesta de San Francisco de Borja. «Llegaron también —dice Altamirano— con los dichos tres Padres 45 reses de ganado vacuno, que, siendo peregrino en aquel territorio, fueron el alborozo, admiración y divertimento de los infieles» (1).

Consoladísimo el P. Orellana con la buena disposición que veía en los baures y habiendo logrado cuatro intérpretes de la lengua de aquellos indios, dispuso fundar tres reducciones en los tres sitios que le parecieron más oportunos en aquel vasto territorio. El pueblo de Concepción se levantó en el sitio designado por el P. Legarda. Al Noroeste se echaron los cimientos de otro pueblo llamado San Joaquín, y en otro sitio que no podemos ahora precisar se fundó el tercero, con el nombre de San Martín.

(1) Altamirano, *Historia de la misión de los Mojos*, p. 104.

Quedaron a cargo de estos pueblos los tres Padres que habían llegado, y se llamaban Miguel Sánchez, Pedro Rada y Pedro Blanco.

2. Mientras se daban tan felices principios a la cristiandad de los baures, trabajábase con incierta y varia fortuna en el lado opuesto, entre los mobimas. Esta nación poblaba el territorio situado al Noroeste de las tierras llamadas de mojos. Entre los dos grandes ríos Beni y Mamoré, que corren largo tiempo casi paralelos de Sur a Norte, se extiende un territorio bastante llano y casi igual, donde habitaban estos indios llamados mobimas. «Aquella tierra —dice Altamirano— se alarga treinta leguas tan igual que no tiene alguna decaída para los tiempos de lluvias y crecientes de los ríos, a cuya causa, rebalsadas las aguas, se tienden por todo el territorio, ahogan las sementeras, corrompen las semillas, impiden sus frutos y hacen casi imposible la conservación y aumento de los ganados necesarios para el sustento de 20.000 personas que se cuentan en 80 poblaciones pequeñas» (1). Estos bárbaros, que andaban enteramente desnudos, mostraban un carácter más estólido y agreste que los otros indios de aquellas tierras. Eran poco dóciles a lo que se les decía y a cada instante se rebelaba bruscamente su carácter rudo contra los consejos de la moral cristiana que les inspiraban los misioneros.

A pesar de tantas dificultades, el celo de los jesuitas había logrado penetrar entre aquellas tribus incultas y desde el año 1693 se había establecido en el extremo meridional de este vasto territorio el pueblo de San Francisco de Borja, cuyos principios dejamos ya apuntados en el tomo anterior. Asegurados ya en este pueblo unos 3.000 neófitos, fueron avanzando los misioneros hacia el Norte en los años siguientes, y a costa de mil penalidades lograron establecer otros tres pueblos que llevaron los nombres de San Luis Gonzaga, San Pablo y La Exaltación de la Cruz. Mucho trabajo daba la conservación de aquellas tres cristiandades. Los mobimas, siempre inconstantes, abandonaban tal vez los pueblos ya establecidos y se dispersaban por aquellos bosques. Corrían los misioneros a recoger las ovejas perdidas y las reducían de nuevo en torno de las iglesias. Muchas veces se repitió esta triste faena de dispersarse y reducirse, sin que los misioneros lograsen asegurar la estabilidad de sus fundaciones. Al cabo

(1) Altamirano, *Historia de la misión de los Mojos*, c. 24, p. 150.

de diez y seis años triunfó con la gracia de Dios el celo apostólico de los jesuitas y echaron raíces aquellos pueblos, de los cuales algunos se conservan todavía. En cambio no tuvo tan buena fortuna el pueblo de San Lorenzo que se formó al Norte el año 1708.

Debióse el mérito de esta fundación al P. Baltasar de Espinosa, joven jesuita, que desde 1704 evangelizaba en aquellas misiones. Había aprendido en siete meses perfectamente la lengua de aquellos indígenas, y venciendo montes de dificultades había conseguido que se asentase este pueblo después de varias fugas, dispersiones y alborotos de los indios. «El P. Baltasar, dice Altamirano, salía como buen pastor a los desiertos, montes y campos a buscar las ovejas perdidas, y sosteniéndolas en hombros de su caridad y paciencia robusta, acariciábalos, curábalos, enseñábalos, procurando amansar su fiereza brutal con el sainete de los donecillos y rescates que pudo haber a las manos» (1). A principios de 1709, creyendo tenerlos ya seguros, empezó a disponer en el pueblo un poco de gobierno político, nombró dos alcaldes y algunos ministros inferiores y procuró acostumar a los indios a la vida racional y cristiana. No pudieron sufrir los salvajes lo que a ellos les parecía pesada sujeción. Un día en que el misionero hubo de ausentarse a otra reducción, se amotinaron los indios y casi todos se remontaron a los bosques. Cuando volvió el P. Espinosa no encontró en torno de su morada sino unos pocos catecúmenos. Transido de dolor salió con ellos en busca de los fugitivos y anduvo tres días vagando por aquellas selvas sin descubrir a nadie.

El 6 de Junio de 1709 se encontró por fin con casi todos sus neófitos, pero los halló bien diferentes de lo que él esperaba. Habían sabido ellos que andaba por allí el Padre buscándolos como otras veces, para reducirlos al pueblo. Convocáronse casi todos, y tomando sus arcos y flechas se encaminaron en busca del misionero. Apenas le divisaron de lejos apresuraron el paso y él también se adelantó entre los catecúmenos con deseo de hablarles y atraerlos como otras veces. Cuando los indios le vieron a tiro de saeta, prorrumpieron súbitamente en una espantosa gritería y dispararon contra el Padre y contra los catecúmenos una nube de flechas. Seis de ellas se hincaron en el cuerpo del siervo de Dios, que cayó muerto a la vista de todos. Acompañáronle en la

(1) Altamirano, *Historia de la misión de los Mojos*, p. 151.

muerte otros 13 catecúmenos. Algunos pocos de estos pudieron salvarse con la fuga y llegaron a San Lorenzo, donde contaron todo lo referido. Así terminó su apostolado el fervoroso P. Baltasar de Espinosa, el 6 de Junio de 1709 (1). Sólo tenía treinta y dos años de edad. Había nacido en Pisco, de noble linaje y se había educado en nuestro colegio de San Martín, de Lima, de donde entró en la Compañía a los diez y nueve años. Terminados sus estudios y la tercera probación en 1704, logró con fervorosas instancias ser destinado a las misiones de mojos, donde después de cinco años de apostólicas fatigas, selló con su sangre la fe que había predicado. No sabemos que se fundasen otros pueblos entre los indios mobimas, pero los tres mencionados más arriba continuaron con más o menos prosperidad.

3. Entretanto florecía la piedad en los otros pueblos de mojos y nuestros Padres concebían cada vez más esperanzas de dilatar la fe de Jesucristo en aquellas tierras hasta entonces casi desconocidas. La penuria de misioneros obligaba a proceder con más lentitud, pero esta misma pausa era indudablemente provechosa a los pueblos fundados, que de este modo se iban consolidando en la fe y prácticas piadosas que les enseñaban los jesuitas. En 1713 el P. Alonso Messia redactó un escrito para dar razón de las misiones de mojos y esperamos que nos agradecerán los lectores el comunicarles la preciosa relación. Oigamos, pues, al P. Messia.

«Estas misiones en que se ocupan hoy treinta y siete sacerdotes de la Compañía y cuatro hermanos, tiene diez y seis reducciones repartidas así: A orillas del río grande (Mamoré) que corre de Sur a Norte están fundadas la de Nuestra Señora de Loreto, Santísima Trinidad, San Francisco Javier, San Pedro, San José, Santa Rosa, La Exaltación de la Cruz. Al Oriente, la Concepción, San Joaquín, San Juan Bautista. Al Poniente, San Ignacio, otra de San José, San Luis, San Francisco de Borja y los Santos Reyes. En ellas están recogidas treinta mil quinientas catorce almas, con quienes se ejercitan los ministerios que estila la Compañía en todas partes. Y toda esta multitud de gente, que está dividida en veinticuatro lenguas distintas entre sí, muestra bien que para la bondad divina no hay aceptación de personas, pues en gente tan nuevamente convertida se ven y se admiran

(1) Altamirano, *ibid.*, p. 151.

hoy ejemplos de una fe muy arraigada en los corazones... Están ya fabricadas iglesias en quince reducciones, en que tienen colocado el Señor Sacramentado, y muchas de ellas, por ser de las más antiguas, son de arquitectura primorosa en que acomodándose a los materiales que lleva la tierra, sin haber en toda ella cal y canto, sólo de madera se han erigido edificios firmes y airoso, iglesias de tres naves, con hermosas columnas, capaces de contener en sí los grandes concursos que de ordinario las frecuentan y de darle al Señor la gloria de que sea hoy adorado donde tantos años vivió desconocido» (1).

Si pareciere tal vez interesado este informe, aunque la circunstancia de haber sido enderezado a nuestro P. General le quita toda sospecha, citaremos otra relación, menos precisa en los datos estadísticos, pero rebosando de verdadero entusiasmo al contemplar los prodigios de la gracia ejecutados entre aquellos salvajes por el celo apostólico de los Padres jesuitas. El Sr. D. Jaime Mimbela, Obispo entonces de Santa Cruz de la Sierra y que después lo fué de Trujillo, tuvo ocasión de ver por sí mismo aquellas cristiandades y de administrar el Sacramento de la Confirmación a nuestros neófitos. Observando lo que hasta entonces se había hecho y entendiéndolo asimismo las fuertes dificultades que habitualmente llevaba consigo el sostenimiento de aquella misión, dirigió cartas fervorosas al Rey y al General de la Compañía, suplicando que se enviasen de Europa nuevos operarios jesuitas, pues parecían indispensables para el feliz progreso de una misión empezada con tan buenos auspicios. No hemos visto la carta que dirigió a nuestro General, pero hemos descubierto en Sevilla la que escribió a Felipe V, desde Mizque el 3 de Noviembre de 1714. Dice así:

«Señor: Lo que en general reconozco de la misión de los Padres de la Compañía en los mojos; que es lo que toca a mi jurisdicción y distrito es, que por ahora está floridísima y que hay treinta mil y más almas que confirmar. Pero ello en mi conciencia debo informar a V. M. que necesita de una copiosa misión de Padres de Europa y que esta venga cuanto antes, porque si no, recelo que vaya muy a menos. A este fin escribo en esta ocasión al P. General de la Compañía, para que tome para este fin

(1) *Peruana. Historia*, III. *Relación de las misiones de los Mojos de la Compañía de Jesús en la provincia del Perú el año 1713.*

la más eficaz providencia y suplico a V. M. pronta y eficaz providencia. Los Padres de la Compañía, flamencos y alemanes, no pueden servir aquí de perjuicio alguno por lo que toca a la fidelidad, ni puede haber el más mínimo recelo; pero no puedo, por las experiencias que tengo, dejar de decir a V. M. que los españoles son más a propósito, pues en estas partes de la América parece que es gracia *gratis data* que Dios nuestro Señor les ha dado para plantar y aumentar la fe. Estos la tienen en los tuétanos y no saben de contradicciones a ella. Los flamencos y alemanes por lo general no pueden estar tan arraigados en ella, y si son buenos como deben ser, bastante tienen que hacer en sus tierras, sin necesidad de aprender lenguas extrañas para ejercitar su celo apostólico, ni pasar por climas tan opuestos a los suyos nativos. V. M. dispondrá lo más conveniente para que se logre el fin de estas conversiones» (1).

Dos años después logró el señor Obispo lo que tanto había deseado, esto es, visitar personalmente y administrar la confirmación a los mojos. Él mismo envió al Rey una relación de esta visita. Saliendo de Santa Cruz, a las doce leguas se embarcó en el río grande y siguió caminando en canoa hasta el río Mamoré. Desde allí llegó en un día a la primera población de mojos, que era Santa Rosa. Allí empezó su ministerio pastoral, y después una por una fué recorriendo las diez y seis poblaciones que se habían fundado hasta entonces. En cada una tiene cuidado de anotar el número de personas a quienes confirmó. Por estos números conocemos que la reducción más importante debía ser la de San Pedro, pues en ella se confirmaron 2.864 personas. En Trinidad fueron 2.059; en San Joaquín, 2.310; en Concepción, 2.152. En las demás el número fué menor, y por fin, sacada la suma, vino a resultar que había administrado el sacramento de la Confirmación a 26.562 personas (2).

No se nombra en esta estadística la misión de San Martín entre los baures, pero sospechamos si será otra, llamada San Juan de Guarayos, porque tal vez se le mudó el nombre al pueblo o se le trasladó a otro territorio. Por el mismo tiempo, a fines de 1715, se hizo otra diligencia que no carecía de importancia.

(1) *Archivo de Indias*, 76-5 1.

(2) En el mismo legajo anterior *Breve noticia de la misión de Mojos*, enviada al Rey el 26 de Noviembre de 1717.

Tal fué la demarcación de los territorios que correspondían a cada pueblo. Aunque éstos se hallaban separados algunas leguas entre sí, y parece que sobraba terreno en torno de cada uno, sin embargo, por la condición particular de aquel país, que en ciertos tiempos se veía inundado en gran parte por las aguas, no todos los territorios eran aprovechables para la agricultura, y era bueno señalar ciertos límites para establecer la debida separación de las propiedades. Esta obra la ejecutó el P. Antonio Garriga, Provincial del Perú, en la visita que hizo a los mojos el año 1715. Después de oír los pareceres de todos los misioneros, redactó un escrito de ocho páginas en folio intitulado *Linderos de los pueblos de las misiones de mojos* (1). No es un mapa geográfico preciso, como nosotros lo hubiéramos deseado. Es una indicación algo vaga de los terrenos, en la cual, guiándose principalmente por el curso de los ríos en cuya proximidad se habían levantado los pueblos, se determina cuántas leguas de terreno corresponden a cada uno. Encárgase a los misioneros que para evitar confusiones y conflictos en la propiedad, no permitan a los indios cazar, arrancar plantas y hacer labor alguna fuera del territorio señalado a cada pueblo. Al fin de este escrito nos da la noticia de que no se ha terminado todavía la fundación de San Martín. Dificiles de convertir debieron ser aquellos indios cuando, habiendo empezado a tratar con ellos en 1709, no se había logrado formar pueblo a fines de 1715. No hemos visto, en mapas modernos ningún vestigio de este pueblo de San Martín. Tal vez se trasladó, como hemos indicado; tal vez desapareció con el transcurso del tiempo.

4. El feliz progreso de las misiones de mojos en todos estos años estimulaba naturalmente a nuestros Padres a pedir los socorros de gente y de dinero que suelen ser necesarios para continuar y promover este género de empresas. Recordemos el hecho ya explicado en el tomo anterior de que hasta el año 1712 no se había obtenido ninguna pensión determinada del Estado. Las diligencias de los Padres Marbán y Orellana en 1690 sólo habían conseguido una cédula real, que podía llamarse de recomendación, más bien que una orden de suministrar pensión alguna. El P. Altamirano urgió también por diversos caminos este negocio, pero no tuvo el consuelo de alcanzar ningún sínodo

(1) Lima. Bibl. nacional. *Manuscritos*, 3, f. 171.